



ANTONIO GARRIGUES WALKER

Presidente de honor del mayor bufete de abogados de Europa, a sus ochenta y dos años seguía acudiendo a diario a su despacho de Castellana, número 10, donde tuvo lugar la entrevista. Seis años después, este hombre, de modales exquisitos y de discurso claro y directo, mantiene aún su actividad: es patrono de honor de los Consejos de España con Estados Unidos, Japón, Australia, China o India; miembro de honor de la Comisión Trilateral; presidente de la Fundación Garrigues, y presidente de honor de ACNUR (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para Refugiados). Forma parte de una familia de políticos, pues su padre, Antonio Garrigues Díaz-Cañabate, fue embajador de España en Estados Unidos y el Vaticano; su hermano, Joaquín, fue ministro de Obras Públicas y Urbanismo con Adolfo Suárez; y él mismo fundó el Partido Demócrata Liberal, de corta vida. A pesar de sus actividades profesionales, aún ha tenido tiempo en su vida para escribir más de cincuenta obras de teatro. En 2020 la Universidad Católica de Colombia le nombró doctor *honoris causa*, galardón que ya le habían concedido otras cuatro universidades.

—¿Cómo describiría la etapa comprendida entre 1960 y 1979 desde el punto de vista económico?

Fue la etapa quizás más fascinante, más interesante y más positiva que hemos vivido en este país en todos los sentidos. En el año 59 se aprobó el Plan de Estabilización y también un decreto ley por el cual se liberalizaba la inversión extranjera, que hasta entonces estaba prácticamente prohibida. Ese decreto ley permitió a las empresas

extranjeras tener hasta el 50 por ciento del capital de una empresa española sin necesidad de autorización y hasta el 100 por ciento con autorización, y eso abrió España al capital extranjero y la abrió también, como es lógico, a la cultura económica y a la tecnología extranjera, al *management*, a la dirección empresarial extranjera y a todo lo que traía consigo el ahorro exterior en su conjunto. Fue cuando se empezó a notar la modernización del sistema económico español y empezó también la aproximación a Europa. El empresario español se dio cuenta de que tenía que empezar a competir en un mundo abierto. Se produjo el gran proceso de modernización de la vida económica española en todos los sentidos: las Cámaras de Comercio se revitalizaron, se crearon instituciones empresariales como la Asociación para el Progreso de la Dirección, que fue la que puso en marcha todo este movimiento y se respiró un nuevo aire. Sin duda, fue ahí cuando el mundo tecnócrata cumplió un papel decisivo en lo que después sería la transición política. Porque lo que está claro es que la libertad económica genera libertad política y todas las libertades son sinérgicas e interdependientes. La transformación del mundo económico dio paso sin duda de ningún tipo a la transformación del mundo político y condujo a la transición política.

—Tras el Plan de Estabilización fueron aprobados los Planes de Desarrollo a los que usted da mucha importancia.

Es que fueron estupendos; se convirtieron sobre todo en un proceso educativo, como una especie de guía auténtica de lo que había que hacer y de lo que no había que hacer. Era una especie de análisis de la situación económica española realmente esclarecedor. Hubo críticas, porque se decía que era una forma más de que el Gobierno interviniera en todos los temas, pero la verdad es que fueron un factor de modernización económica muy significativo.

—Pero tuvieron consecuencias no deseables, como la salida de miles de españoles que se vieron obligados a emigrar.

Sin duda, pero esa salida de emigrantes fue un nuevo factor de modernización de la vida económica española. La gente olvida que España debe a los emigrantes españoles, a través de sus remesas,



JULIETA SERRANO

Esta mujer desborda energía. Nacida en enero de 1933, sigue actuando —en la fecha de la entrevista (2016) representaba *Ninette y un señor de Murcia* y cuatro años después, en 2020, recibía el Goya a la mejor actriz de reparto y el Premio Feroz por su papel en *Dolor y gloria* de Pedro Almodóvar, director que contó con ella al año siguiente en *Madres paralelas*— y manifiesta una ilusión tremenda por su trabajo al que atribuye su buen estado de salud. Un centenar de obras de teatro, más de sesenta películas y casi doscientos papeles en series y obras de teatro emitidas por televisión avalan la profesionalidad de esta actriz que, en sus inicios, alternó su trabajo como decoradora con el teatro, su gran pasión, hasta que pudo dar el salto profesional a las tablas. La entrevista tiene lugar en su casa, un palacete reconvertido en viviendas situado en la plaza del Ángel, el mismo espacio urbano en el que en el siglo xvii se asentaron los corrales de comedias. En 2018 recibió el Premio Nacional de Teatro y en 2019, la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes.

—¿Cómo inició su carrera teatral?

Yo tenía facilidad para el dibujo y había ido a la Escuela de Artes y Oficios. Vivía en Barcelona, donde, para ganarme la vida, trabajaba como dibujante en el taller Morató de esmaltes suntuarios, y todo me lo quitaba de dormir, de vivir, para poder hacer teatro, aunque también hice radio. Por aquella época el teatro en Barcelona no existía, fue un periodo desértico. Estaba el teatro Romea, donde Núria Espert y yo, que nos conocíamos desde niñas, habíamos empezado

haciendo funciones infantiles, y luego estaba el teatro de aficionados.

Queríamos hacer grandes cosas, pero llegó un momento en que en Barcelona no se podía hacer nada, se llegó a una sequedad absoluta. Durante ese periodo mucha gente lo dejó, tiró la toalla o se vino a Madrid. A pesar de mi timidez personal, que era muy grande, y debido a las dificultades que había en Barcelona, se me ocurrió coger una maleta y venir a Madrid a ver qué pasaba; seguramente no me habría trasladado si las circunstancias hubiesen sido como las que se dieron diez años después, cuando comenzó a aparecer gente nueva, más joven, que no estaba tan machacada como nosotros, como Lluís Pasqual o Anna Lizaran y empezaron a crearse compañías como Els Comediants, Teatro Lliure, Dagoll Dagon, Els Joglars...

—¿Hubo algún hecho concreto que le animara a dejar aquel ambiente?

Me fui de Barcelona en el 57. Allí había trabajado con Miguel Narros. Recuerdo que cuando José Luis Alonso me conoció estaba ensayando precisamente con Miguel una obra de Christopher Fry que se llamaba *La dama no es para la hoguera*, en la que también intervenían Margarita Lozano y Carmen López Lagar, que era una viejecita maravillosa. Yo salía del taller y me iba al ensayo; así estuvimos tres meses hasta que finalmente la censura la prohibió. No la pudimos hacer porque había un personaje que era un cura que estaba tratado de una manera bufa. Luego José Luis Alonso me vio trabajar en una obra que hice con la compañía Pequeño Teatro que tenía Miguel y, cuando este se volvió a Madrid, José Luis me contrató para hacer un papel en una gira con *El diario de Ana Frank*. Me incorporé así a la compañía Lope de Vega, de Tamayo, que había encargado a José Luis Alonso que dirigiera varias obras. Con *El diario de Ana Frank* conocí toda España, porque yo casi no había salido de Barcelona. Hacía el papel de la hermana de Ana Frank, personaje que en unas ocasiones interpretaba Berta Riaza y en otras, Alicia Hermida. Mientras yo estaba de gira por España, Miguel, en Madrid, montó *La rosa tatuada* y me mandó un telegrama diciéndome que si quería hacer el papel de la niña. Faltaba un mes para que terminara la gira, pero me sustituyeron; me despedí de Tamayo y me vine. Eso fue en 1958.

